

Sara Sibar, majestuosa, camina con pies descalzos

Una Costa Rica más justa, en donde la población indígena no sufra discriminación, no es sólo un sueño para Sara Sibar. Ella contribuye a que sea una realidad. Con la fuerza de su voluntad, salió de su comunidad para ayudarla.

*Revista **GE08 Ailleurs**
Texto y fotografías **Anouk Henry**
Traducción **Gisella Díaz***



Sara Sibar en su oficina en la reciente Fiscalía Indígena del Ministerio Público

Ella no avanza prudentemente ni a pasos silenciosos, como los indígenas cuando se adentran en la montaña. No. Sus tacones retumban en los pasillos de los Tribunales de Justicia de San José y su vestido elegante le imprime un sello de seguridad. Primer prejuicio desmentido: se puede reivindicar la causa indígena sin vestir el traje tradicional. En América Latina, muchos de sus semejantes escogen mostrar sus costumbres y sus adornos como emblemas. Al igual que ellos, Sara Sibar mira la injusticia de manera crítica y con recelo. Pero ella ha escogido imitar a su enemigo para atacarlo mejor. Apenas siendo mayor de edad y con cuatro dólares en el bolsillo, tomó el bus hacia la capital costarricense, para afrontar el mundo “no indígena”. Segunda sorpresa: la normalidad cambia repentinamente de bando.

A lo largo de su discurso constuido brillantemente y a pesar de su sonrisa cordial, uno llega a comprender que el occidente no tiene el monopolio de las evidencias. Su norte es otro, el de los Cabécares. Y más precisamente, su comunidad de Ujarrás, ubicada en las montañas de la Cordillera de Talamanca, donde creció con sus cinco hermanos y hermanas. Los Cabécares, uno de los 8 pueblos indígenas de Costa Rica, tienen sus propias creencias, idioma y costumbres completamente diferentes al resto del país. Los lazos entre ambos mundos son casi inexistentes. «Mi padre es agricultor y mi madre se ocupa de la casa. Para que me dejaran ir a la capital, les tuve que mentir, haciéndoles creer que había encontrado un trabajo. Siempre pensé que llegaría a estar en una condición diferente». Ella tenía razón, la ambición la llevaría a sobreponerse a la tradición familiar.

La violación no es cultural

Hoy, a sus 27 años, sentada en su escritorio en la Fiscalía de Asuntos Indígenas del Ministerio Público de Costa Rica, Sara Sibar se enorgullese del camino recorrido después de su primer trabajo como secretaria en una organización indígena, el cual obtuvo algunas semanas después de su llegada a San José. Ella se ríe. «Tenía el trabajo, pero no sabía cómo usar un fax, menos una computadora». Ocho años después, trata de luchar contra el etnocentrismo de la justicia: los fiscales están en la obligación de tomar en cuenta la dimensión cultural en el proceso. Todavía hace algunos años, los indígenas juzgados que no hablaban español ni siquiera contaban con un intérprete para defenderse. Pero la mediación de Sara puede resultar en ocasiones contraproducente para el acusado, como suele ocurrir en los casos de violencia sexual en contra de las mujeres indígenas, doblemente discriminadas. «Muy a menudo, en casos de delitos de orden sexual, el acusado indígena apelaba a su cultura para justificar sus actos. Los jueces pensaban entonces que estos actos eran normales en la cultura indígena. Pero es totalmente falso, la violación no forma parte de nuestra tradición».

En Costa Rica, como en otras partes de América Latina, los pueblos autóctonos son discriminados. La administración, la universidad y los empleos calificados no están pensados en ellos. El parlamento no cuenta con representantes indígenas. Los niños sufren de malnutrición y los adultos no tienen acceso digno a la salud. Les es difícil sobrevivir cuando los proyectos de desarrollo turístico e industrial amenazan sus territorios. Sara Sibar sabe que su poder en el seno del Ministerio Público es limitado. Es por ello que complementa su labor participando en otros movimientos indígenas, alineando sus contactos con los medios de comunicación. Ha publicado ya dos libros. En particular, le preocupa la situación de la mujer indígena y participa activamente en la Alianza de Mujeres Indígenas de Centroamérica y México. Esta mujer joven se posiciona frente a los “machos” de su pueblo y los dirigentes de las organizaciones indígenas, que suelen ser mayoritariamente hombres. «Las mujeres son invisibles en el movimiento. Pero el machismo no es inherente a nuestra cultura. En algunas comunidades, las mujeres tienen mucho poder. Los hombres indígenas suelen ser machistas como el resto de los hombres en Costa Rica».

Cuestionando la pobreza

Para los Cabécares, el mayor flagelo que ha mantenido al pueblo en un estado de apatía es el mito del “indio imaginario”. Según esta visión despectiva, los indígenas son salvajes que llevan plumas y tienen muchos hijos. «Los no-indígenas deben comprender que nuestro punto de vista es diferente al de ellos. En la ciudad, por ejemplo, los jóvenes piensan que todos los indígenas somos pobres, porque andamos descalzos. Ellos ven la riqueza desde un punto de vista no indígena. A mí me gusta andar descalza. Todas mis tías andan descalzas. Tal vez es porque simplemente les gusta. Porque no les interesa coleccionar zapatos. Nuestras casas son de madera porque es parte de nuestra cosmovisión. Son este tipo de prejuicios los que debemos cambiar».

Rompiendo con el destino

Gracias a su audacia y determinación, se convertirá en algunas semanas en la primera abogada indígena del país. Una vez que haya obtenido su diploma, piensa seguir luchando por la causa. Primero, convirtiéndose ella misma en fiscal. Luego, por qué no, creando su propio bufete. Un caso rarísimo, ya que es común que cuando las mujeres jóvenes dejan su comunidad, por ejemplo para ir a trabajar a San José como empleadas domésticas, escondan su origen. «Ellas prefieren decir que son inmigrantes nicaragüenses que ciudadanas indígenas. Si ellas regresan a visitar a sus familias, lo hacen con las uñas pintadas, el cabello teñido y rechazando la comida tradicional».

Esta lucha, la libra Sara tanto para su pueblo como para ella misma. «Yo quiero dejar huella», dice atormentada por la idea de «nacer, dar a luz y morir en la misma comunidad y desaparecer», como sus compañeras de escuela, todas madres. Una mirada dura sobre las decisiones de sus amigas, una mirada que encontramos a veces en aquellos y aquellas que se construyeron solos. Sin embargo, un día ella quiere regresar a vivir a Ujarrás. Quizás con un compañero, no necesariamente un indígena. Pero eso es a futuro. Primero, Sara Sibar quiere lograr grandes cosas. Y viendo la forma en que se entrega a sus tareas, estamos seguros de que tendrá éxito.